

CORÍN TELLADO

Lucha oculta



Lucha oculta

Corín Tellado

Esencia/Planeta

© Corín Tellado, 1992 y 2022
www.corintellado.com
comercial@corintellado.com
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño e ilustración de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Apéritif estudio

Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-84-08-26126-1
Depósito legal: B. 10.205-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

*El testamento*

Don Paco Onea, notario del recientemente fallecido don Teodoro Urrutia, Teo para todos, lanzó una aviesa mirada a su alrededor, se caló las lentes de concha sobre la nariz, emitió un leve carraspeo y habló con voz un tanto enronquecida, no se sabe si por su afición al aguardiente, por nerviosismo o porque así era su voz de toda la vida:

—Espero que no falte nadie. A ver, tengo aquí la lista de todas las personas que, según el difunto deseaba, han de estar presentes en la lectura de sus últimas voluntades. Háganme el favor de responder cuando mencione sus nombres. A saber, ¿Andrés Urrutia?

—Aquí estoy.

Don Paco elevó un poco más sus ojillos ratoniles y como un rayo de sol entraba por el ventanal, fue a caer justo contra los cristales de sus gafas, pero ello no le impidió ver perfectamente al primogénito del difunto. Pasó después a mencionar a la esposa de Andrés.

—Isabel Sarmiento de Urrutia.

—Sí.

—Mappy Urrutia Sarmiento.

—Estoy aquí.

Don Paco elevó los ojillos y esta vez vio con toda claridad la belleza que era la criatura de dieciocho años, hija de Andrés e Isabel y nieta del difunto.

—Jesús Urrutia Sarmiento.

—Aquí me tiene.

—Ejem. ¿Helen Bellante, su esposa?

—Estoy aquí —dijo la aludida.

Don Paco lanzó sobre ellos una mirada analítica. Jesús Urrutia Sarmiento asía contra sí una esbelta y menuda figura rubia. El notario les calculó los años. Ninguno de los dos pasaba de los veintiséis.

—Bernardo Urrutia Sarmiento.

—Soy yo.

Don Paco hizo un alto para fijarse en el joven fuerte y atlético que cubría su rostro con una cierta barba que parecía mal afeitada. ¿Edad?, unos veinticuatro, si los tenía. De momento, según quedaba escrito en el testamento que portaba, el tal Bernardo, Bern para todos, se hallaba soltero y sin compromiso igual que su hermana Mappy. Así pues pasó ojos y lentes por el lujoso salón-biblioteca para fijarlos en el grupo formado a la derecha de los anteriores.

Don Paco podía ver además, a través del ventanal abierto de par en par en aquel instante, el enorme parque, el jardín, la cancha de tenis, la piscina y los setos que se extendían a todo lo largo de la vasta propiedad. Y lo de vasta lo sabía por el testamento que llevaba, no porque él tuviera acceso a la lujosa propiedad de los Urrutia. Volvió a carraspear, lamentó no tener a mano un buen brandy y se enfrentó de nuevo con el contenido de sus anotaciones. Pero antes Andrés Urrutia, Andy para sus amigos y conocidos, dio un paso al frente. Era un tipo alto, firme, atlético, de cabellos negros, con algunas hebras de plata indiscretas alterando la negrura de su pelo. Un tipo de ojos vivos, negros, de expresión fría y calculadora. Un tipo, según sabía don Paco, poderoso, suave, pero pendenciero y poco amigo de hacer concesiones. Pues se temía que tendría que hacerlas.

—¿Hay necesidad, don Paco, de que la familia Morán Gómez esté presente en la lectura del testamento de mi padre?

—Hum, ejem... Aquí dice el fallecido que han de estar presentes los que están; y para saber si están, me estoy preocupando de pregun-

tarlo, señor Urrutia. —Dicho lo cual volvió a dirigir sus lentes hacia el grupo formado por las personas que se apiñaban unas contra otras al otro extremo del salón-biblioteca—. ¿Don Pablo Morán Gómez?

—Soy yo.

Don Paco le calculó la edad. Cuarenta y tantos años, pocos menos que Andrés Urrutia. A su lado había una dama aún joven y de buen ver. No tan elegante como Isabel Sarmiento, pero sin desmerecer demasiado.

—¿Salomé Pimentel?

—Es mi mujer y está aquí presente —dijo Pablo Morán Gómez con una cierta dureza, al tiempo que aferraba contra sí la menuda figura femenina.

—¿Tatiana Morán Gómez?

—Soy yo, señor Onea.

Don Paco no parpadeó, pero sí que miró extrañado a la monjita de rostro apacible y sonrisa tópica.

—¿Tatiana Morán Gómez? —preguntó tras una leve inclinación de cabeza ante la monjita.

Pablo Morán replicó brevemente.

—Es ésta; y es además mi hermana.

El notario volvió a lanzar otra mirada hacia ambos grupos. Apreció la irritación de los Urrutia Sarmiento y la apacibilidad tal vez fingida de los Morán. Decidió continuar tras esbozar una sonrisa de aprobación.

—Borja Morán Gómez.

—No ha podido venir. Pero no tendrá inconveniente en visitarlo o tal vez llegue después.

—Le he citado para hoy y ahora.

—Lo siento, señor Onea.

—Es que, esté o no esté presente, debo dar lectura al testamento. Andrés Urrutia dio un paso al frente.

—¿Es preciso esto? Mi padre en su lecho de muerte no me dijo...

—Pero sí que me lo había dicho a mí. ¿Quiere hacer el favor de volver a su sitio?

De mala gana, Andrés se sentó en su sillón, del cual se había levantado.

—Veamos —añadía el notario calando las lentes, con la punta del dedo meñique en el canalito que formaban sus gafas, seguramente por haber pasado muchos años reposando sobre su nariz—, por último he de preguntar si está presente Melly Sacuas.

Una joven rubia, de una edad indeterminada, porque tanto podía tener treinta años como diez menos, pecosa y delgadita, con los senos bien puestos, dijo con vocecilla temblorosa:

—Soy yo, señor.

—Pues estamos todos. —Carraspeó de nuevo el notario—. De modo que procedo a leer las últimas voluntades de nuestro querido difunto don Teodoro Urrutia y Moralta. Tengan la bondad de quedarse callados, escuchar hasta el final y después, si gustan, hacen los comentarios que tengan que hacer si ha lugar, o impugnan el testamento si les parece mejor o si la ley los ampara, que lo dudo.

Andrés Urrutia se dispuso a levantarse de nuevo, pero el notario le miró con dureza con sus ojillos que, tras las gafas, parecían tremendamente aumentados.

—No, señor Urrutia, no hable, muévase cuanto guste pero, por favor, no haga ruido. Eso es. Procedo a la lectura. Ya saben cuántas palabras vacías se dicen antes de entrar de lleno en lo que interesa a los vivos, de modo que todo eso lo pasaré por alto. Mi ayudante les dará después una copia completa de lo que he dejado sin leer y de lo que voy a tener el gusto de leerles, y después deciden lo que deseen decidir, repito, si es que pueden. El difunto estaba en sus cabales, con todos los sentidos en su sitio, el día que redactó este documento. Y para su confirmación les diré que fue redactado hace cinco años... Por lo cual hemos de pensar que el naviero hizo aquello que siempre tuvo en mente hacer. —Lanzó una breve mirada a los dos grupos que se separaban entre sí, carraspeó de nuevo y empezó a leer.

—«Dejo a mi hijo Andrés Urrutia el palacio donde vive con su esposa e hijos, así como la cuadra de caballos de pura sangre, con

todos sus criaderos y el picadero en cuestión; la flota naviera compuesta por seis buques de carga y tres transatlánticos de pasaje, y también las oficinas y los almacenes de los muelles centrales, con todas las consignas que yo he ostentado hasta el momento. Dejo también las dos cuartas partes de mi fortuna, los valores anotados en este mismo documento y la participación accionarial consiguiente en las compañías que se mencionan al dorso. Valores y cuentas bancarias han sido ya traspasados, con el fin de evitar el gravamen de las plusvalías. Pienso que Andrés va muy bien servido. Mis albaceas le indicarán cuánto y cómo ha de heredar a mi muerte. Don Francisco Onea sabe muy bien, y además al dorso queda consignado, a cuánto asciende dicha fortuna en valores, dinero contante y sonante, además de las acciones de empresas procedentes de la sociedad matriz, Teo Urrutia, S. A. —El notario hizo un alto, elevó su calvicie, miró a su alrededor y vio a Andrés con una sonrisa de lado a lado—. A mis nietos Mappy, Jesús y Bernardo Urrutia Sarmiento les dejo una dote que asciende a mil millones de pesetas en acciones y que su padre habrá de entregarles en el momento en que cualquiera de los tres desee separarse de la sociedad, lo cual particularmente no les aconsejo porque dejarían sin una pata al *holding* por el cual hemos luchado todos durante nuestra vida. De todos modos, aquel que desee formar su propia vida o compañía, o lo que le dé la gana, habrá de verse obligado a renunciar a todo lo demás o bien, si permanece en la sociedad, a recibir los dividendos que genere el capital de las acciones mencionadas, colocadas en el *holding* Teo Urrutia, S. A.»

Los hijos no parpadearon ni se movieron, sólo Helen se movió un poco en el butacón y miró a su marido, Jesús, que parecía atento mientras escuchaba lo que decía el notario y ajeno a su mujer.

Mappy (rubia, de lacio pelo, ojos verdes, sonrisa abierta, morena por el sol, esbelta y preciosa) miraba a su alrededor con cierto nerviosismo. Había cosas que ella no acababa de entender, pero... tampoco era como para preguntarlas en aquel instante, o tal vez en ningún otro, porque la persona que le podía responder a todas y

cada una de ellas no se hallaba presente y además no ignoraba que su padre la hubiera matado si tuviese una mínima idea de la persona por la cual ella se interesaba.

El notario, ajeno a Mappy y a todo lo que bullía en su preciosa cabecita, continuó su lectura y esta vez el carraspeo fue doble, porque sabía que iba a sentar como un tiro lo que quedaba por leer.

—Continúo y le ruego, señor Morán, que preste atención.

—¡Es lo que no entiendo —gritó Andrés Urrutia enfadadísimo—, qué tiene que hacer aquí la familia Morán cuando usted sabe muy bien...!

—Un segundo, señor Urrutia —le atajó el notario con voz atornadora—, mientras leí lo que a usted le interesaba, nadie me interrumpió. Espero que ahora sea usted educado y se calle.

—La familia Morán ha vivido siempre dentro de esta propiedad por pura casualidad —dijo Andrés, perdiendo un poco su cortés hipocresía de hombre bien educado—. Mi padre se empeñó en darles una parte de la finca y les permitió incluso levantar su casa dentro de su extensa finca. Pero mi padre ha muerto y yo tengo el deber de pedirles que se marchen.

—Señor Urrutia, si continúa gritando me veré en la obligación de enviarlo fuera de esta estancia. Estoy leyendo las últimas voluntades de un muerto y usted ha de respetarlas por encima de todo. De modo que voy a seguir. Digo que el señor Morán debe prestarme toda su atención. El hecho de que su hermano Borja no se halle presente carece de importancia, porque realmente él no tiene nada en este testamento y se le pedía asistencia por pura cortesía. O más bien porque el difunto señor Urrutia así lo consignaba en sus últimas voluntades, pero sólo en deferencia a su hermano. Igual que Salomé Pimentel, que está presente en calidad de esposa de Pablo Morán, y su hermana Tatiana. Ésta sí ha de estar presente por cuanto ha sido citada, si bien ignoraba que fuera monja... —Inclinó la cabeza reverencioso y añadió—: Pero para el caso que me ocupa, el hecho de que sea monja no indica que deba irse, sino más bien todo lo contrario. —Volvió a inclinar la cabeza y decidió entrar de

lleno en el asunto—. «Que Pablo Morán y Tatiana son mis hijos naturales no lo ignoraba Andrés ni nadie de mi familia. Que siempre quise a mi buena Margarita, madre de Pablo y Tatiana, es sabido y lógico, y que a la hora de mi muerte quiero reconocer lo que no reconocí en vida. Ésta es la razón de que os haya reunido. Me imaginaba que Borja, que a fin de cuentas es el único hijo de su padre, no iba a estar presente y también eso me parece lógico. Pero vamos con lo que nos interesa y seguramente interesa a Pablo y Tatiana. He sido un hombre honesto, todo lo honesto que se puede ser dentro de lo que son las tentaciones humanas, a las cuales ni la honestidad puede escapar. He apreciado a mi amigo Serafín Morán cuanto se puede apreciar a alguien, pero no he podido dejar de desear a su mujer. Por eso, en las largas ausencias de Serafín como capitán de mis mejores buques he pasado algún buen rato con Margarita, y hemos de ser sinceros y admitir que ningún marido tiene derecho a dejar sola a una esposa como Margarita, y que lo lógico fue que ella y yo nos entendiéramos.»

La irritación de Andrés tocaba techo. La pena de Tatiana, la monjita, era infinita y pasaba silenciosa las cuentas de su rosario mientras oía tanta impunidad, tanta impureza, y pensaba que su madre, Margarita, estaría en el infierno dando cabezazos.

Se diría que Salomé Pimentel no escuchaba nada, porque todo o casi todo lo tenía más que sabido. En cambio, Isabel Sarmiento parpadeaba mirando a su marido y pidiendo a Dios que no estallase. Mappy pensaba en otra cosa muy diferente y tanto Jesús como Bern ya calculaban qué sería mejor, solicitar el capital o continuar en el *holding* dirigido por su padre. Helen, la esposa de Jesús, tenía buen cuidado de no pronunciarse ni de que en su rostro se apreciara motivación alguna en su sonrisa cuajada de ansiedad.

—«Si os habéis hecho un nombre, y lo habéis llevado siempre con cordura y dignidad y la vida os ha dado, con mi ayuda, una buena vida, no creo que ahora, querido Pablo y querida Tatiana, os interese para nada llevar mi apellido. A fin de cuentas ya tenéis el vuestro. Tatiana, no sé si con buen juicio, se hizo monja, lo cual

no dejará de ser sorprendente y yo diría que conveniente, porque sabrá rezar por su madre y por mí, o al menos por su madre, si cree que ésta cometió un pecado por amarme, pero resulta que no hemos cometido pecado alguno; yo me consolé con ella y ella se consoló conmigo durante las ausencias de su esposo, y el esposo, que fue un buen amigo mío, jamás me hizo reproche alguno porque fue más considerado que nadie y entendió que su mujer sola no lo pasaba tan bien como con su amigo. De todos modos, si bien estoy diciendo algo que nadie ignoró jamás, reparé el mal que hubiera podido hacer teniéndolos a todos cerca. Serafín estuvo muy de acuerdo cuando le di el trozo de terreno al final del campo de golf para levantar su vivienda. He dado muchos paseos de mi mansión a la suya y nunca me hizo reproche alguno. Es más, velé su cadáver y velé más tarde el de su mujer, Margarita, mi buena amiga. Como todo esto que digo ya lo sabíais aunque no os diera la gana admitirlo, paso pues a dejar bien claro qué fortuna dejó a mis dos hijos naturales. Vuelvo a repetir que Borja es hijo de Serafín y Margarita porque cuando nació, su padre y buen amigo mío, el capitán Morán, ya estaba retirado debido a su penosa enfermedad y consolaba lógicamente a la que en otros tiempos había sido su solitaria esposa.»

—¿Hay que oír todo esto?! —gritó Andrés Urrutia fuera de sí y perdiendo un tanto su compostura de señor flemáticamente elegante.

—Es preciso.

—Dígame, todo eso lo hemos sabido siempre. ¿A qué fin resucitar ahora viejas historias? Diga lo que tenga que decir y acabemos.

—Lo que tengo que decir —replicó el notario— lo estoy diciendo. Fui amigo de su padre y consejero, y ahora soy su albacea. Y mi deber es leer lo que está aquí escrito. No creo que nadie se rasgue las vestiduras por tan poca cosa.

—Calma, Andy —susurró la esposa.

Andrés cambió una mirada extraña con la nurse de sus nietos y pensó que muchas cosas se repetían en la historia, pero cada cual las vivía a su manera y por supuesto no era tan indiscreto como

Teo, su padre, lo fue. Y lo peor de todo era que lo seguía siendo cuando ya estaba enterrado, cubierto su mausoleo con grandes coronas y ya se había rezado por él en su espléndido funeral.

Lo irritante, pensaba por su parte Pablo Morán, era que Teo, su padre, fue siempre bajo. Murió como un santo y, además, junto al obispo... Tal vez por eso su hermano Borja se mantuviera ausente y tampoco le extrañaba nada, dado que el muerto había ofendido tremendamente a su madre, aunque de vez en cuando apareciera por su casa apeándose de su Porsche último modelo e hiciera la vista gorda ante lo que sucedía, había sucedido o aún podría suceder en su entorno.

—«Siempre os he querido tener cerca a todos —añadió el notario continuando su lectura— y por suerte lo he logrado. Tú, Pablo, te has entendido bien con el periódico que te di y parece que vives estupendamente. Tu hermana Tatiana, como digo, se ha metido a monja, pero se ha llevado una buena dote. Ahora mismo le dejo un paquete accionarial en tu periódico, lo cual te dará a ti margen para entregarle la cantidad que acordéis entre ambos de sus dividendos, porque ya no tienes más socio que tu hermana en el semanario, puesto que lo dejo plenamente en tu poder y a ti como dueño absoluto de esa publicación. Ya sé que a tu hermano Borja le has puesto una buena cantidad en las manos. Sabrás que no me fio nada de él, y lo siento porque es tu hermano. Tenlo atado y no le des alas, que con las que le diste te está comiendo todo el cuerpo. Nadie podrá jamás echarte de tu casa, dejo escriturada esa propiedad a tu nombre, por lo cual puedes vivir ahí con tu mujer Salomé y tus dos hijos, María y Raúl, que ahora estudian en Estados Unidos. Espero, pues, que todos en adelante os llevéis muy bien, como ha ocurrido durante mi vida. Confíemos en que Andrés te considere su hermano aunque no llesves su apellido, porque si así lo hicieras menguarías la dignidad de tu padre y no se lo merecía. Ni se lo mereció en vida. Fue tan buen amigo mío que nunca me reprochó haber compartido con él su mujer.»

Ahora fue Pablo Morán el que gritó:

—¿Debo seguir escuchando esto?!

—No. Ya que nada queda por decir, pero a buen seguro que lo ha dicho todo y espero, al igual que el difunto, que nada se altere en vuestras familias. Sois vecinos, los dos metidos en el mismo paraíso, en la misma jaula de oro. Todo lo que hagáis para pelearos será en detrimento del buen juicio de un hombre honrado como fue Teo Urrutia. —Recogió su cartera, cerró el portafolios y dio a su secretario, que había escuchado impertérrito cuanto había acontecido allí, un puñado de copias—. Ve entregándoselas a todos —le apostilló— para que no se desentiendan de sus obligaciones. —Dicho lo cual se despidió con una inclinación de cabeza.

El enfrentamiento entre Pablo Morán y Andrés Urrutia tuvo lugar inmediatamente después de cerrarse la puerta.

—Todo esto deberías haberlo evitarlo. ¿No tenías ya el periódico? ¿Qué demonios esperabas de la lectura del testamento?

—Esperaba lo que esperabas tú, que te dejara sin nada y me lo diera todo a mí.

—Pero tú no has conocido a Teo.

—Yo he conocido a tu padre tanto como tú, aunque no lleve su apellido ni me interesa llevarlo, porque si quisiera ahora mismo recurriría a la ley y, te gustara a ti o no, me reconocerían como hijo de tu padre. Pero he tenido el mío, ¿queda claro?

—Pablo —murmuró Salomé asiendo el brazo de su marido—, ten calma, querido.

—Andy —decía a su vez Isabel tirando más levemente del brazo de su esposo.

Pero Andy sacudió aquel brazo, levantó la mano en el aire y empezó a moverla con tal irritación que la esposa se separó temiendo que le diera un manotazo en plena cara. Pablo salió con su esposa y seguido por Tatiana, que no había dejado de pasar las cuentas de su rosario.

Jesús y Bern se miraban un tanto perplejos. Por supuesto que sabían toda la historia del viejo abuelo, pero no que a la hora de su muerte lo reconocería de viva voz y por escrito, como había hecho.

—Fue un tipo despreciable —dijo Helen tirando de la chaqueta de su marido.

—Fue un tipo estupendo, Helen; gracias a él vivimos todos como reyes... —y sonrió beatífico a su hermano Bern, que se limitaba a elevar una ceja. En cambio Mappy, enfundada en su pantalón blanco impecable y su camisa negra de seda anudada a la altura del vientre moreno y terso que dejaba ver, miraba ansiosamente por el ventanal.

Podía ver la zona ajardinada que rodeaba la enorme piscina olímpica, tan azul y con el agua tan clara. Las hamacas de colores aquí y allí y la especie de puente que sobre la mitad de la piscina separaba una zona de otra y la escalera que conducía a la parte posterior de la cancha de tenis. Veía también, allá a lo lejos, la torre, que era lo único que divisaba de la casa de los Morán. La historia a ella la traía totalmente sin cuidado. *Sottovoce* la sabía toda la zona, la capital y dondequiera que se hablara de Teo Urrutia, y por suerte no se dejaba de hablar desde Santander a Suiza, pasando por Madrid y Londres, y en cualquier parte del mundo que entraran los buques con la firma de los Urrutia.

Oía a sus hermanos cuchichear y los veía a los tres, incluyendo a Helen, su cuñada, caminar por la zona de la piscina indiferentes ya a todo lo que había ocurrido en el despacho-biblioteca. También oía a su padre en el salón pateando las alfombras de lado a lado; entretanto, la vocecilla de su madre decía insistentemente:

—Andy, por favor, querido, por favor, que ya sabías poco más o menos lo que ibas a escuchar.

—Maldita sea, Isa. ¿Por qué? No me importa que le haya dejado el periódico. Total..., lo perderá como perdió otras cosas. No se trata de eso, por mil demonios, se trata de la vecindad. ¿Por qué no les dejó otra casa? Tiene...

—«Tenemos», Andy.

—Pues «tenemos», de acuerdo. Puesto que soy su heredero, debería permitirme entonces que le diera una casa en el fin del mundo para que se fuese lejos de mi vista. Pero no, ¡qué disparate! Me

lo metió siempre por las narices y lo voy a seguir teniendo ahí quiera o no quiera. Y eso es lo que me saca de quicio.

Mappy vio pasar a la nurse por debajo del ventanal con sus dos sobrinos, Sol y Tati —Sol, de dos años, y Tati, de tres y medio—, que caminaban delante de ella muy tiesecitos y en traje de baño y chancletas.

—Andy, sé razonable; ellos tienen su entrada particular, y si queréis no os veis en meses. ¿Por qué te enfadas así?

Andy miró a su mujer y por su mente pasó como un relámpago la idea de estrangularla. Pero la pobrecita era dócil, buena y tan simple como seguramente lo fue Serafín Morán.

—Intento calmarme, querida.

—A fin de cuentas, es tu hermano.

—No me digas eso jamás.

—Es posible que Pablo no esté tan enfadado.

—¿Y cómo puede estarlo? Ha disfrutado siempre del afecto de mi padre.

—Que era el suyo, a fin de cuentas.

—Que era narices, Isa, narices. Lo engendró y a saber si ha sido así o fue un quijote. El caso es que ha vivido siempre como un rey y toda su familia se codea con lo mejor. Pero yo te digo...

—No digas, Andy, no digas... Tú no has vivido mal.

—Yo he tenido que cargar con la responsabilidad de todo, porque mi padre me la ponía encima de las costillas y me la metía en el cerebro como si fuera lo único bueno que hizo en su vida. Y estaba forzándome, ¿entiendes? Pero no, querida, tú no entiendes. Tú eres una buena chica... Tú sabes que yo soy un buen chico. Y mis hijos me adoran, ¿no es todo así?

—Pues sí.

—Entonces olvidémoslo si nos es posible —y salió después de hacer una carantoña a su mujer, que se quedó muy calmada.

Por su parte, Andrés Urrutia se dirigió a la zona de la mansión donde mejor podía desahogarse. Con su pantalón milrayas, su polo Lacoste rojo y su aire de jovencuelo con cincuenta años encima, se deslizó

hacia los vestuarios y salió al rato en traje de baño, con una toalla en torno al cuello y dispuesto a dar unas cuantas brazadas en la piscina.

Desde el ventanal Mappy seguía distraída todas las evoluciones. Las de sus hermanos, que subían a la cancha de tenis, la de Helen, que se tendía sobre una hamaca en traje de baño a tomar el sol y la de Melly, la nurse, que con pantaloncito corto y camisa de algodón estaba desvistiendo a sus sobrinos. Veía también cómo su padre, fuerte, ancho, mostrando su masculinidad a través del traje de baño corto, se tiraba al agua y nadaba de un lado a otro con una gran maestría. Y le veía detenerse al fin y agarrarse a la orilla de la piscina junto a sus nietos. Su padre, pensaba Mappy, era un señor encantador, elegante, dicharachero, honesto, cabal y trabajador. Suave y delicado con su madre, amigo de sus amigos, capaz de enamorar aún; por eso a ella no le extrañaba nada que su madre estuviera loca por él y repitiese todo aquello que su esposo hubiera dicho.

En aquel instante estaba ejerciendo de abuelo, y hasta sacaba la mano del agua y metía en ella a Sol, a la vez que le decía algo a la nurse, de modo que ésta se quitaba los shorts y la camisa y se quedaba en bikini, y luego se introducía en el agua con Tati.

Mappy lanzó una mirada verde intensa hacia el sendero, la carretera serpenteante que procedía de la ciudad y por donde no había coche alguno, cuando ella tenía entendido que de un momento a otro tendría que aparecer.

—¿Es que no tomas el sol, hija?

Se dio la vuelta topándose con el bondadoso rostro de su madre.

—Me ha dejado aturdida todo lo que ha ocurrido esta mañana.

—Tampoco es para tanto —adujo la dama tomando asiento—. Era de suponer. Lo que más irrita a tu padre es... la proximidad. Lo del periódico ya lo sabía, o cabía suponer que nunca se lo quitaría a Pablo. Tampoco entiendo la irritación de tu padre. A fin de cuentas son hermanos, lo quiera o no, por mucho que no lleven el mismo apellido. Pero las razones están claras.

—¿Siempre han vivido en esa mansión próxima a la nuestra?

—Desde que yo me casé con tu padre, sí. Y supongo que antes

también. Pablo es diez años menor que tu padre. Pero que no se sorprendan ahora, si siempre han sabido que tu abuelo Teo era como era. Afortunadamente su hijo no salió a él.

—Pablo tampoco.

—Yo no vivo en casa de Pablo. Ni siquiera la conozco.

—Yo la veo por fuera cuando voy camino del picadero. Es poco menos que ésta...

—Pero las separa un campo de golf... Eso ya es mucha separación. Y no digo nada de los negocios. Son opuestos. Tu padre se dedica a su flota naviera y a todo lo que implica el *holding* Urrutia, S. A., mientras que Pablo va por el camino de las letras y su empresa es de periódicos...

Las dos se acodaron en el ventanal; divisaban toda la zona de la piscina donde el sol pegaba de firme. Helen tostándose al sol y Melly con su jefe, intentando enseñar a nadar a los dos críos.

—Papá es muy aficionado a los bebés, ¿verdad, mamá?

—Son sus únicos nietos, hija. Ya puedes tú ir pensando...

—Yo iré a la universidad, mamá. Ya lo he dejado claro. El colegio inglés se acabó... Espero que papá lo entienda.

—Sí, sí, faltaría más. En eso hemos quedado. El año pasado lo decidimos de mutuo acuerdo. ¿Qué vas a estudiar?

—No lo sé aún.

—No vaya a ser que te quedes como tus hermanos: a la mitad. Jesús empezó derecho y a los tres años se casó. Con lo cual la carrera se quedó por el camino. Bern es el mejor jugador de tenis aficionado, pero de otras cosas apenas si se preocupa.

—No digas eso. Va a la oficina con papá.

—Oh, sí. Pero me pregunto si hace algo. Y tú, ¿qué haces ahora aquí, que no te vas a tomar el sol o a bañarte?

—Es que... estoy un poco cansada de haber tomado el sol ayer todo el día. Prefiero mirar desde aquí.

—Pues yo me retiro a mi salón particular.

Mappy se quedó allí esperando ver aparecer un coche especial.